

SHARPE
Y EL ORO DE LOS ESPAÑOLES

BERNARD CORNWELL

SHARPE
Y EL ORO DE LOS ESPAÑOLES

*Richard Sharpe
y la destrucción de Almeida.
Agosto de 1810*

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Gold*

Diseño de la colección: 

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: enero de 2022

© Rifleman Productions Ltd., 1981
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1997
© de la presente edición: Edhasa 1997, 2012
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-6358-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Depósito legal: B-19430-2021

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Impreso en España

Para Andrew Gardner, con gratitud

*Soldado me hice porque fama quería.
Y me disparaban por seis peniques al día.*

CHARLES DIBDIN, 1745-1814

CAPÍTULO 1

La guerra estaba perdida; no se había acabado, pero sí perdido. Todo el mundo lo sabía, desde los generales de división hasta las putas de Lisboa: los británicos habían sido cazados, estaban ensartados y listos para cocinar. Y Europa entera esperaba que el cocinero en jefe, Bonaparte, cruzara las montañas y le diera el toque final al asado. De momento y para que además de la derrota inminente se sintiera la afrenta, parecía que el pequeño ejército británico no merecía la atención del gran Bonaparte. La guerra estaba perdida.

España había caído. Los últimos ejércitos españoles habían entrado masacrados en los libros de historia, y todo lo que quedaba era el puerto de Cádiz y sus fortificaciones y los campesinos que combatían en la guerrilla. Luchaban con navajas españolas y fusiles británicos, sembrando emboscadas y terror, hasta que las tropas francesas odiaran y temieran a los españoles. Pero la guerrilla no era la guerra, y en cuanto a esta última, todos sabían que estaba perdida.

El capitán Richard Sharpe, uno de los fusileros del 95 de su majestad, ahora capitán de la compañía ligera del regimiento South Essex, no creía que la guerra estuviera perdida, aunque estaba de un humor de perros, taciturno e irritable. Estuvo lloviendo desde el amanecer y el polvo de la superficie del camino se había convertido en un barrizal resbaladizo y le había puesto el uniforme de fusilero pegajoso e incómodo. Marchaba sólo y en silencio, escuchando charlar a sus hombres, y el teniente Robert Knowles y el sargento Patrick

Harper, que en circunstancias normales hubieran buscado su compañía, lo dejaban sólo. El teniente Knowles hizo algún comentario referente al humor de Sharpe, pero el enorme sargento irlandés había sacudido la cabeza.

—No hay posibilidad de animarlo, mi teniente. Le gusta sentirse infeliz, y así lo hace, pero el bastardo se recuperará.

Knowles se encogió de hombros. No aprobaba que un sargento llamara a su capitán «bastardo», pero no era el momento de protestar. El sargento pondría cara de inocente y le aseguraría a Knowles que los padres del capitán nunca se habían casado, lo cual era cierto, y de todos modos Patrick Harper llevaba luchando muchos años y tenía una relación de amistad con el capitán que Knowles ciertamente envidiaba. A Knowles le había costado meses entender esta amistad, que no estaba basada, como muchos oficiales creían, en el hecho de que Sharpe hubiera sido en el pasado un soldado raso y hubiera desfilado y luchado con la tropa, y ahora, elevado a las glorias del rancho de oficiales, todavía buscara compañía en las graduaciones inferiores. «Un campesino es siempre un campesino», había dicho con burla un oficial, y Sharpe, que lo había oído, miró al hombre; y Knowles vio que el miedo surgía bajo el impacto de aquellos ojos helados y desafiantes. Además, Sharpe y Harper no pasaban juntos el tiempo franco de servicio; la diferencia de graduación hacía que no fuera posible. Pero incluso tras la relación formal, Knowles percibía la amistad. Ambos eran hombres corpulentos, el irlandés enormemente fuerte, y ambos seguros de su capacidad. Knowles no podía imaginarse a cualquiera de los dos sin el uniforme. Era como si hubieran nacido para ese trabajo y era en el campo de batalla, donde la mayoría de los hombres piensan nerviosos en su propia supervivencia, donde Sharpe y Harper se juntaban en un entendimiento sobrenatural. Era casi, pensaba Knowles, como si en el campo de batalla se sintieran como en casa, y él los envidiaba.

Levantó los ojos al cielo, hacia las nubes bajas que rozaban las cimas de las colinas a ambos lados del camino.

—¡Maldito tiempo!

—De vuelta a casa, teniente, ¡allí diríamos que hace buen día!

Harper le dedicó una sonrisa burlona a Knowles; el agua de la lluvia le caía chorreando del chacó, y entonces se volvió para mirar a la compañía, que seguía la silueta de Sharpe, que avanzaba con rapidez. Se habían quedado un poco rezagados, a causa de los resbalones por el camino, y Harper elevó la voz.

—Venga ya, ¡escoria de protestantes! ¡La guerra no os va a esperar!

Les sonreía burlonamente al tiempo que les gritaba, orgulloso de que hubieran dejado atrás al resto del regimiento y contento de que, finalmente, el South Essex se dirigiera al norte, hacia donde tendrían lugar las batallas del verano. Patrick Harper había oído los rumores, como todos, de los ejércitos franceses y su nuevo mando, pero Patrick Harper no tenía ninguna intención de que el futuro le quitara el sueño ni siquiera aunque el South Essex estuviera lamentablemente en inferioridad de fuerzas. En marzo habían zarpado reemplazos de Portsmouth, pero el convoy sufrió una tormenta, y hacía algunas semanas circularon rumores de que cientos de cuerpos eran arrastrados hacia el sur, a las playas de Vizcaya, y ahora el regimiento tenía que luchar con menos de la mitad de su número real. A Harper no le importaba. En Talavera el ejército se había visto doblado en número, y esta noche, en la ciudad de Celorico, donde se estaba reuniendo el ejército, habría mujeres en las calles y vino en las tabernas. La vida podía ser mucho peor para un muchacho de Donegal, y Patrick Harper empezó a silbar.

Sharpe oyó el silbido y reprimió el impulso de reprender al sargento, reconociendo que era simplemente irrita-

ción, pero le molestaba la acostumbrada ecuanimidad de Harper. Sharpe no creía en los rumores de derrota, porque para un soldado la derrota era impensable. Era algo que le sucedía al enemigo. Sin embargo, Sharpe se menospreciaba porque, como una pesadilla andante, la implacable lógica de los números le rondaba. La derrota estaba en el aire, tanto si creía en ella como si no, y cuando ese pensamiento le volvió a la mente apretó todavía más el paso, como si así pudiera borrar el pesimismo. Pero al menos estaban haciendo algo. Desde la batalla de Talavera el regimiento había patrullado por la desolada frontera sur entre España y Portugal, y el invierno fue largo y aburrido. El sol había salido y se había puesto, el regimiento hizo la instrucción, oteó las colinas vacías, y hubo demasiado ocio, mucha tolerancia. Los oficiales habían encontrado un peto de soldado de caballería francés abandonado y lo usaban como palangana de afeitar, y para su indignación Sharpe se había permitido el lujo de agua caliente en un barreño ¡como si se tratara de algo cotidiano! Y las bodas. Nada menos que veinte en los tres últimos meses; así pues, algunas millas detrás de ellos, las otras nueve compañías del South Essex guiaban una procesión variopinta de mujeres y niños, esposas y prostitutas, como si fuera una feria ambulante. Pero ahora finalmente, con un verano raramente húmedo, marchaban hacia el norte, por donde vendría el ataque francés, y donde los temores y las dudas se desvanecerían al entrar en acción. El camino llegó a una colina, mostrando un valle poco profundo con un pueblecito en el centro. Había caballería en el pueblo, probablemente los habían llamado hacia el norte, como al South Essex, y cuando Sharpe vio el montón de caballos, dio rienda suelta a su irritación escupiendo en el camino. Maldita caballería, con sus aires y su elegancia, su condescendencia con la infantería que no ocultaban, pero entonces vio los uniformes de los jinetes que habían desmontado y se avergonzó de su reacción. Los hombres llevaban el color

azul de la Legión Alemana del Rey, y Sharpe sentía respeto por los alemanes. Eran compañeros profesionales, y Sharpe, por encima de cualquier cosa, era un soldado profesional. Tenía que serlo. No tenía dinero para comprarse el ascenso y su futuro sólo dependía de su habilidad y de su experiencia. Él rebosaba experiencia. Hacía diecisiete años que era soldado y tenía treinta y tres, primero de soldado raso, después de sargento, luego el salto vertiginoso al rango de oficiales, y todos los ascensos se los había ganado en los campos de batalla. Luchó en Flandes, en la India, y ahora en la península ibérica, y sabía que en cuanto llegara la paz el ejército se desharía de él como de una bala ardiendo. Tan sólo en la guerra se necesitaban profesionales como él, como Harper, como los duros alemanes que luchaban contra los franceses en el ejército británico. Hizo que la compañía se detuviera en la calle del pueblo bajo la curiosa mirada de los soldados de caballería. Uno de ellos, un oficial, levantó el sable curvo del suelo y se acercó caminando hacia Sharpe.

—¿Capitán?

El soldado de caballería hizo la pregunta porque las únicas señales del rango de Sharpe eran la faja escarlata descolorida y la espada.

—Capitán Sharpe. South Essex —contestó Sharpe.

El oficial alemán arqueó las cejas; una sonrisa apareció en su cara.

—¡Capitán Sharpe! ¡Talavera!

Sacudió la mano de Sharpe de arriba abajo, le dio una palmada en el hombro y entonces se volvió para gritar algo a sus hombres. Los casacas azules sonrieron burlescamente a Sharpe, e hicieron una señal de aprobación con la cabeza. Ya lo sabían todo de él: el hombre que había capturado el águila francesa en Talavera.

Sharpe lanzó bruscamente una mirada hacia Patrick Harper y la compañía.

–No se olvide del sargento Harper y de sus hombres. Todos estuvimos allí. Los alemanes sonrieron a la compañía ligera.

–¡Aquello estuvo bien! –dijo al tiempo que daba un taconazo dirigiéndose a Sharpe y lo saludaba con una leve inclinación de cabeza–. Lossow. Capitán Lossow a su servicio. ¿Ir a Celorico?

El alemán hablaba inglés con cierto acento, pero bien. Sharpe suponía que sus hombres, probablemente, no hablarían inglés.

Sharpe asintió de nuevo con la cabeza.

–¿Y ustedes?

Lossow sacudió la cabeza.

–El Coa. De patrulla. El enemigo se va acercando, así que habrá lucha.

Parecía complacido, y Sharpe envidiaba a la caballería. La batalla que había de tener lugar allí se desarrollaría a lo largo de las escarpadas orillas del río Coa y no en Celorico.

–Esta vez conseguimos un águila, ¿no? –dijo Lossow riendo.

Sharpe le deseó suerte. Si había un regimiento de caballería capaz de dispersar un batallón francés, era el alemán. La caballería inglesa era igual de valiente, bien montada, pero no tan disciplinada. Los soldados de caballería ingleses se aburrían patrullando, montando guardia y no soñaban más que en un ataque que les helara la sangre, con los sables en alto, que reventara a sus caballos y que dejara a los hombres desperdigados y vulnerables. Sharpe, como toda la infantería del ejército, prefería a los alemanes porque conocían su trabajo y lo hacían bien.

Lossow sonrió agradeciendo el cumplido. Era un hombre de rostro cuadrado, de sonrisa fácil y agradable y unos ojos que se asomaban astutamente por la maraña de líneas que surcaban su cara de tanto otear los horizontes dominados por el enemigo.

—Ah, una cosa más, capitán. Hay policía militar de mierda en el pueblo.

La frase salió con dificultad de su boca, como si no utilizara normalmente palabrotas en inglés salvo para describir a la policía; cualquier otra palabrota habría resultado poco adecuada.

Sharpe le dio las gracias y se volvió hacia su compañía.

—¡Han oído al capitán Lossow! Aquí hay policía militar. Así que mantengan quietas esas manos de ladrones. ¿Entendido?

Le habían entendido. Nadie quería que lo colgaran en aquel lugar por haber sido sorprendido saqueando.

—Hacemos una parada de diez minutos. Que rompan filas, sargento.

Los alemanes se fueron, provistos de capas para la lluvia, y Sharpe subió por la única calle hacia la iglesia. Era un pueblo pobre, mísero y abandonado, y las puertas de las cabañas se abrían de par en par. Los habitantes se habían ido hacia el sur y el oeste, tal como ordenó el Gobierno portugués. Cuando los franceses avanzaran no encontrarían cosechas, ni animales, sólo pozos llenos de piedras o envenenados con ovejas muertas: una tierra de hambre y sed.

Patrick Harper, percibiendo que el humor de Sharpe se había suavizado después del encuentro con Lossow, alcanzó al capitán.

—Aquí no hay nada que saquear, mi capitán.

Sharpe echó una ojeada a los hombres que se inclinaban para entrar en las cabañas.

—Algo encontrarán.

Los de la policía militar estaban junto a la iglesia, eran tres, montados en caballos negros y erguidos como salteadores de caminos a la espera de un coche bien lleno. El equipo que llevaban era nuevo, tenían las caras rojas, quemadas por el sol, y Sharpe supuso que acababan de llegar de

Inglaterra, aunque no entendía por qué la Guardia Real enviaba policía militar en lugar de soldados que lucharan. Los saludó cortésmente con la cabeza.

–Buenos días.

Uno de los tres, con la espada de oficial saliéndole por debajo de la capa, le devolvió el saludo con la cabeza. Parecía, como todos los de su calaña, desconfiar de cualquier gesto amigable. Miró las casacas verdes de los fusileros.

–Se supone que no hay fusileros por esta zona.

Sharpe no contestó a la acusación. Si la policía militar pensaba que eran desertores, es que eran tontos. Los desertores no se movían a la luz del día por los caminos, ni llevaban uniforme, ni se dirigían a la policía militar sin más ni más. Sharpe y Harper, como los otros dieciocho fusileros de la compañía, se habían quedado con los uniformes viejos en señal de orgullo, preferían el verde oscuro al rojo de los batallones de línea.

Los ojos del policía se dirigieron a ambos hombres.

–¿Tienen órdenes?

–El general quiere vernos, teniente –contestó Harper alegremente.

Una leve sonrisa apareció y luego desapareció de la cara del policía.

–¿Quiere decir que lord Wellington quiere verlos?

–Eso es, sí.

La voz de Sharpe contenía alguna advertencia, pero parecía que el policía no quería darse cuenta. Miraba a Sharpe de arriba abajo, mostrando su desconfianza.

El aspecto de Sharpe era increíble. Llevaba la casaca verde, descolorida y rasgada sobre unos pantalones de caballería franceses. En los pies llevaba botas altas de piel que originariamente había comprado en París un coronel de la Guardia Imperial de Napoleón. En la espalda, como la mayoría de sus hombres, llevaba una mochila francesa, hecha de cuero de buey, y del hombro, aunque fuera oficial, le col-

gaba un fusil. Las charreteras de oficial habían desaparecido, sólo quedaban descosidos, y la faja escarlata estaba descolorida y manchada. Incluso la espada de Sharpe, el otro distintivo de rango, no era la reglamentaria.

Como oficial que era de una compañía ligera, debía llevar el sable curvo de la caballería ligera británica, pero Richard Sharpe prefería la espada de la caballería pesada, de hoja recta y mal equilibrada. Los soldados de caballería la odiaban, afirmaban que con su peso era imposible parar con rapidez, pero Sharpe medía seis pies de alto y era lo bastante fuerte como para empuñar las treinta y cinco pulgadas de acero pesado con una facilidad pasmosa.

El oficial de la policía militar estaba inquieto.

—¿De qué regimiento son?

—Somos la compañía ligera del South Essex —contestó Sharpe con tono amable.

El policía respondió espoleando el caballo hacia delante, de manera que pudiera ver calle abajo y observar a los hombres de Sharpe. No había ningún motivo aparente para colgar a nadie, así que volvió la vista hacia los dos hombres y sus ojos se detuvieron, sorprendidos, en el hombro de Harper. El irlandés, que medía cuatro pulgadas más que Sharpe, resultaba una visión intimidadora en el mejor de los casos, pero sus armas eran aún menos reglamentarias que la enorme espada de Sharpe. Colgando junto a su fusil llevaba un arma tremenda, una escopeta de siete cañones, para disparar en cuclillas.

—¿Qué es eso? —preguntó el policía señalándolo con el dedo.

—Una escopeta de siete cañones, teniente —contestó Harper mostrando en la voz que estaba absolutamente orgulloso de su nueva arma.

—¿De dónde la ha sacado?

—Un regalo de Navidad, teniente.

Sharpe sonrió con ironía. Era un regalo que Sharpe le había hecho a su sargento por Navidad, pero resultaba obvio

que el policía, junto con sus dos compañeros que permanecían en silencio, no se lo creía. Seguía mirando fijamente la escopeta, uno de los inventos con menos éxito de Henry Nock, y Sharpe se dio cuenta de que probablemente el policía no había visto nunca ninguna. Sólo se habían fabricado un centenar, para la marina, y en aquel momento parecía una buena idea. Siete cañones, cada uno de ellos de veinte pulgadas de largo, todos se disparaban con la misma llave de chispa, y se creía que los marineros, sentados con dificultad en las cofas de combate, podían hacer estragos disparando los fusiles de siete cañones contra las cubiertas atestadas de enemigos. No habían tenido en cuenta una cosa. Siete cañones de media pulgada disparados de una vez producían una descarga espantosa, como la de un cañón pequeño, esto no sólo causaba estragos, sino que también le rompía el hombro a cualquier hombre que apretara el gatillo. Sólo Harper tenía la fuerza bruta para utilizar el arma e, incluso el irlandés, al probarla, se había sorprendido del retroceso impresionante de las siete balas al salir de la boca llameante.

—Un regalo de Navidad —dijo el policía militar haciendo una aspiración con la nariz.

—Yo se lo regalé —dijo Sharpe.

—¿Y usted es?

—Capitán Richard Sharpe. South Essex. ¿Y usted?

El policía se puso tieso.

—Teniente Ayres, capitán.

La última palabra fue pronunciada de mala gana.

—¿Y hacia dónde se dirige, teniente Ayres?

Sharpe estaba molesto por la desconfianza del hombre, por la muestra de poder que no tenía sentido, y afinó las preguntas con un toque de veneno. Sharpe llevaba en sus espaldas las cicatrices de unos azotes que le había causado un oficial precisamente como éste: el capitán Morris, un matón arrogante, con su amigo adúlador el sargento Hakeswill. Sharpe cargaba con el recuerdo junto con las cicatrices

y la promesa de que un día se vengaría de ambos hombres. Sabía que Morris estaba destinado en Dublín; Hakeswill estaba sabe Dios dónde, pero un día, se había prometido Sharpe, lo encontraría. Pero de momento se trataba de este cachorrillo con más poder que cordura.

—¿Dónde, teniente?

—Celorico, mi capitán.

—Así pues, que tenga un buen viaje, teniente.

Ayres sacudió la cabeza.

—Primero echaré una mirada, capitán. Si no le importa.

Sharpe vio que los tres hombres cabalgaban calle abajo, mientras la lluvia salpicaba las grupas anchas y negras de sus caballos.

—Espero que tenga razón, sargento.

—¿Razón, mi capitán?

—De que no hay nada que saquear.

El pensamiento les vino a la mente a los dos, el instinto de que podía haber problemas, y empezaron a correr. Sharpe sacó el silbato de la pistolera del cinturón cruzado y tocó los pitidos largos que se reservaban normalmente para el campo de batalla cuando la compañía ligera se encontraba extendida en una línea de tiradores dispersa, el enemigo se acercaba y los oficiales y los sargentos silbaban a los hombres para que se juntaran y volvieran a formar bajo la protección del batallón. La policía militar oyó los pitidos del silbato, espolé los caballos y se desviaron por entre dos humildes cabañas para registrar los patios mientras los hombres de Sharpe salían tambaleándose de las puertas y formaban refunfuñando.

Harper se detuvo frente a la compañía.

—¡Mochilas a la espalda!

Se oyó un grito por detrás de las cabañas. Sharpe se giró. El teniente Knowles estaba junto a él.

—¿Qué sucede, capitán?

—Problemas con la policía militar. Los cabrones se están dando importancia.

Estaban decididos, él lo sabía, a encontrar a alguien, y mientras los ojos de Sharpe recorrían la tropa tuvo el terrible presentimiento de que el teniente Ayres se había salido con la suya. Debía haber cuarenta y ocho hombres, tres sargentos, y los dos oficiales, pero faltaba un hombre: el soldado Batten. El maldito soldado Batten, que venía arrastrado de entre las cabañas por un policía triunfante.

—Un saqueador, capitán. Pillado *in fraganti*—dijo Ayres sonriendo.

Batten, que refunfuñaba incesantemente, que se quejaba si llovía y armaba un escándalo cuando cesaba la lluvia porque el sol le daba en los ojos. El soldado Batten, un destructor él solito de llaves de chispa, que pensaba que el mundo entero conspiraba contra él, y que ahora permanecía encogido en manos de uno de los hombres de Ayres. Si había algún miembro de la compañía al que Sharpe hubiera colgado gustoso, ése era Batten, pero le molestaba que un policía militar lo hiciera por él.

Sharpe levantó la vista hasta Ayres.

—¿Qué saqueaba, teniente?

—Esto.

Ayres levantó un pollo flacucho como si fuera la corona de Inglaterra. El cuello estaba bien retorcido, pero las patas aún daban sacudidas y pataleaban en el aire. Sharpe sintió que la cólera le invadía, no por el policía, sino por Batten.

—Yo me encargaré de él, teniente.

Batten se apartó temblando del lado de su capitán.

Ayres sacudió la cabeza en señal de negación.

—No me ha entendido, mi capitán—dijo con suave condescendencia—. A los saqueadores se los cuelga, capitán. En el acto, capitán. Para dar ejemplo a los demás.

Se oyeron murmullos procedentes de la compañía, acallados por la orden de silencio que rugió Harper. Los ojos de Batten se movían de derecha a izquierda como si buscaran una salida a ese ejemplo último de la palabra injusticia.

–¡Batten! –le espetó Sharpe.

–¿Capitán?

–¿Dónde encontró el pollo?

–Estaba en el campo, mi capitán. De verdad. –Hizo una mueca de dolor al notar que le tiraban del pelo–. Era un pollo salvaje, mi capitán.

Se oyó un susurro de risas procedentes de la tropa que Harper no atajó.

–Un pollo salvaje –resopló Ayres–. Bestias peligrosas, ¿eh, capitán? Está mintiendo. Lo encontró en la cabaña.

Sharpe así lo creía, pero no se iba a dar por vencido.

–¿Quién vive en la cabaña, teniente?

Ayres arqueó las cejas.

–En verdad, capitán, no me he ido a presentar a todos los barrios bajos de Portugal. Átenlo –dijo girándose hacia sus hombres.

–Teniente Ayres –dijo Sharpe con un tono de voz que hizo que cesara todo movimiento en la calle–. ¿Cómo sabe que la cabaña está habitada?

–Mírelo usted mismo.

–Mi capitán.

–Mi capitán –añadió Ayres tragando saliva.

Sharpe levantó la voz.

–¿Hay gente ahí, teniente?

–No, mi capitán. Pero la había.

–¿Cómo lo sabe? El pueblo está abandonado. No se le puede robar un pollo a nadie.

Ayres pensó la respuesta. El pueblo estaba abandonado, los habitantes habían huido del ataque de los franceses, pero la ausencia no significaba una renuncia a la propiedad. Sacudió la cabeza.

–El pollo es propiedad de los portugueses, capitán. –Volvió a girarse–. ¡Cuélguenlo!

–¡Alto! –bramó Sharpe, y de nuevo todo movimiento se detuvo–. No va usted a colgarlo, así que siga su camino.

Ayres se giró hacia Sharpe.

—Lo hemos pillado *in fraganti* y lo colgaremos. Sus hombres son probablemente una manada de ladrones de mierda y necesitan un escarmiento, y ¡por Dios que lo van a tener!

Se levantó sobre los estribos y gritó a la compañía.

—¡Van a verlo colgado! ¡Y si roban, también ustedes serán colgados!

Un chasquido lo interrumpió. Bajó la mirada y la ira de su rostro se mudó en sorpresa. Sharpe sostenía su fusil Baker, de manera que el cañón estaba apuntando a Ayres.

—Déjelo marchar, teniente.

—¿Se ha vuelto loco?

Ayres se quedó blanco y se hundió en su silla de montar. El sargento Harper se acercó instintivamente junto a Sharpe y no hizo caso de la mano que le hacía una señal. Ayres los miró fijamente a los dos. Ambos eran altos, con el rostro duro de los luchadores, y le sobrevino un recuerdo. Miró a Sharpe, a aquella cara que parecía tener una expresión de burla perpetua, causada por la cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha y, de repente, se acordó. ¡Pollos salvajes, cazadores de aves! La compañía ligera del South Essex. ¿Estos eran los dos hombres que habían capturado el águila del imperio, que se abrieron camino por entre un regimiento francés y consiguieron el estandarte? Bien pudiera ser.

Sharpe vio que los ojos del teniente titubeaban y entendió que había ganado, pero era una victoria que le costaría cara. El ejército no veía con buenos ojos a los hombres que amenazaban a la policía militar con fusiles, incluso aunque estuvieran descargados.

Ayres empujó a Batten hacia delante.

—Ahí tiene a su ladrón, capitán. Nos volveremos a ver.

Sharpe bajó el fusil. Ayres esperó hasta que Batten se hubo alejado de los caballos, entonces tiró de las riendas y condujo a sus hombres hacia Celorico.

–¡Tendrá noticias mías!

Sharpe sintió una inquietud, como una nube negra y humeante en el horizonte. Se volvió hacia Batten.

–¿Ha robado ese pollo de mierda?

–Sí, mi capitán.

Batten agitó una mano tras el policía.

–Él se lo llevó, mi capitán –dijo con tono desagradable.

–Ojalá se lo hubiera llevado a usted. Ojalá hubiera esparcido sus tripas por todo el campo.

Batten se separó de Sharpe y de su ira.

–¿Cuáles son las reglas, Batten?

Sus ojos parpadearon ante Sharpe.

–¿Reglas, mi capitán?

–Usted conoce las reglas. Dígamelas.

El ejército publicaba un reglamento muy grueso, pero Sharpe enseñaba a sus hombres tres reglas. Eran sencillas, funcionaban y, si las infringían, los hombres sabían que podían ser castigados. Batten se aclaró la voz.

–Luchar bien, mi capitán. No emborracharse sin permiso. Y...

–Siga.

–No robar, mi capitán, salvo del enemigo o en caso de hambruna, capitán.

–¿Se estaba usted muriendo de hambre?

Evidentemente, Batten quería decir que sí, pero en cada mochila aún había la ración para dos días.

–No, mi capitán.

Sharpe le golpeó, vertiendo toda su frustración en un puñetazo que le dio a Batten en el pecho, lo dobló y lo derribó jadeante sobre el suelo mojado.

–Es usted un tonto de mierda, Batten, un rastrero, miserable, hijo de puta, asqueroso necio.

Se alejó del hombre, cuyo mosquete había caído en el barro.

–¡Compañía! ¡Marchen!

Marcharon detrás del alto fusilero mientras Batten se levantaba, cepillaba inútilmente el agua que se le había colado en la llave del fusil y después caminó tambaleándose tras la compañía. Se escurrió en su fila y murmuró algo a sus compañeros, que iban en silencio.

–No puede golpearme.

–¡Calla la boca, Batten! –gritó Harper con una voz tan dura como la de su capitán–. Ya conoces las reglas. ¿Preferirías tener tus inútiles talones colgados en el aire?

El sargento vociferó a la compañía que aligerara el paso e iba pensando continuamente en la que le esperaba a Sharpe ahora. Una queja de ese maldito policía militar significaría una investigación y probablemente un consejo de guerra. Y todo por el miserable Batten, a quien Harper hubiera matado gustoso. El teniente Knowles compartía los pensamientos de Harper, pues alcanzó al irlandés y lo miró con cara de preocupación.

–Todo por una gallina, sargento.

Harper miró al joven teniente.

–Lo dudo, teniente.

Se volvió hacia la tropa.

–¡Daniel!

Hagman, uno de los fusileros, rompió filas y se colocó junto al sargento. Era el mayor de la compañía, pasaba ya de los cuarenta, pero era el mejor tirador. Un hombre de Cheshire, cazador furtivo. Hagman podía disparar a los botones del abrigo de un general francés a trescientas yardas.

–¿Sargento?

–¿Cuántos pollos había?

Hagman lanzó una sonrisa irónica con su boca desdentada, echó un vistazo a la compañía y luego de nuevo a Harper. El sargento era un hombre justo, nunca exigiría más que un trato justo.

–Una docena, sargento.

Harper miró a Knowles.

–Ahí lo tiene, teniente. Al menos dieciséis pollos salvajes allí. Probablemente veinte. Dios sabe qué hacían allí, por qué los propietarios no se los llevaron.

–Es difícil atraparlos, señor, a los pollos –dijo Hagman riendo entre dientes–. ¿Eso es todo, sargento?

Harper sonrió irónicamente al fusilero.

–Un muslo para cada oficial, Daniel. Y no los más correosos.

Hagman echó una mirada a Knowles.

–Muy bien, teniente. Un muslo cada uno.

Volvió a la tropa.

Knowles se echó a reír entre dientes. Un muslo para los oficiales significaba una buena pechuga para el sargento, caldo para todos, y nada para el soldado Batten. ¿Y para Sharpe? Knowles sintió el desánimo. La guerra estaba perdida, aún seguía lloviendo, y mañana el capitán Richard Sharpe tendría problemas con la policía militar, problemas de verdad, hasta la cicatriz que tenía en el cuello.